como misteriosa expresión del nombre de Jesucristo, de sus dos naturalezas, de su procedencia divina v de su cualidad de Salvador (véase el articulo Pez).

> Ίησου:.... Jesus..... Jesús. Χριστός... Christus... Cristo. Θεοῦ..... Dei..... De Dios. Υιός.... Filius.... Hijo. Σωτηρ. ... Salvator ... Salvador.

Este acróstico fué reproducido por el incógnito autor de los nuevos libros sibilinos, que datan, según se cree, del año 170 al 180 después de Jesucristo. El citado acróstico fué descubierto el 25 de Junio de 1839, sobre un mármol greco-cristiano, en un poliandrio de Saint Pierre l'Estrier, cerca de Autun, cementerio que San Gregorio de Tours había conocido y que menciona en su libro De gloria confessorum (c. LX XIII). Este monumento, de inestimable valor por más de un concepto, fué desde luego publicado por M. el abate Pitra, más tarde benedictino de Solesmes y por último Cardenal, que se ocupó de él por primera vez en los Annales de philosophie chrétienne (tomo xix, pág. 195).

Las iniciales IXOYC se encuentran también inscritas verticalmente á la cabeza de un epitafio latino, todavía más antiguo, de la colección de Fabretti (pág. 329); pero en este caso se ven aisladas sin tomar parte en la composición de las primeras palabras de cada línea de la inscripción; el titulus de Aschandeus de Autun es el único, de todos los hasta el día descubiertos, que lleva el acróstico IXOYC propiamente dicho.

Parece que en los primeros siglos se prefería, tal vez por motivos de piedad, escribir en acróstico el nombre de Nuestro Señor, en versos á Él dedicados, y los de los mártires y santos en los epitafios grabados en sus tumbas. El Papa San Dámaso se dedicó á menudo á este género de composiciones. Se le atribuyen dos acrósticos referentes al santo nombre de Jesús (Carm., IV y V); citaremos, como ejemplo, el primero:

> I n rebus tantis Trina conjunctio mundi E rigit humanum sensum landare venuste; S ola salus nobis, et mundi summa potestas V enit peccati nodum dissolvere fructu, S umma salus cunctis nituit per secula terris.

También sabemos que este mismo Pontifice compuso una inscripción en honor de Santa Constanza, hija de Constantino, inscripción que fué colocada primitivamente en el ábside de la basílica de Santa Inés, en la Vía Nomentana, iglesia edificada por el primer emperador cristiano á ruegos de su hija. Pueden leerse estos versos en la obra de Bosio (pág. 418).

A veces se tenía la precaución de indicar en la inscripción misma los medios que emplearse

pez, palabra que la primitiva Iglesia adoptara | en acróstico. Así, después del epitafio de cuatro Santas, LICINIA, LEONTIA, AMPELIA, FLAVIA, publicado por Muratori (Nov. Thes., pág. 1903, núm. 5), se leen estos dos versos, que contienen la clave :

NOMINA SANCTARUM LECTOR SI FORTE REQUIRIS EX OMNI VERSU TE LITERA PRIMA DOCEBIT.

«Si buscas, lector, el nombre de las Santas, la primera letra

El titulus de una cristiana llamada AGATA, dado por Marini (Arvali, pág. 828) concluye por estas palabras que encierran análoga explicación: Eius Autem nomen capita ver-

He aqui otro ejemplo (ibid.): Is cvivs PER CAPITA VERSORUM NOMEN DECLARATUR. Pero todavía aparece con más claridad en una inscripción de la colección de Fabretti (IV, 150): REVERTERE PER CAPITA VERSORUM ET INVE-NIES PIUM NOMEN, «volved al principio de los versos y encontraréis el piadoso (ó el santo) nombre»: este nombre es Anatholia. En la obra del abate Gazzera sobre las inscripciones del Piamonte, tenemos (pág. 91) el epitafio de San Eusebio, obispo de Verceil; las primeras letras de los versos dicen: Evsebivs epis-COPVS ET MARTYR; y la del obispo Celso (ib. 114), cuyo nombre está escrito en acróstico: CELSVS EPISCOPVS.

También se hacian acrósticos dobles. Así. San Aldhelmo, obispo de Salisbury en el siglo vII, ha puesto al frente del libro de sus Enigmas un prólogo compuesto de treinta y seis versos, que dan dos veces, esto es, por sus iniciales y sus finales, el título siguiente: Aldhelmus cecinit millenis versibus odas (Aldhelm., Opp. edit. Oxon., 1844, pág. 248).

El prefacio del libro del mismo autor De laudibus virginum, ofrece también un acróstico doble, pero que difiere del precedente en que el acróstico se lee en la columna izquierda de arriba abajo, y de abajo arriba en la columna final. Este acrostico reproduce el primer verso de la pieza: Metrica Tirones nunc promant carmina castos (Op. laud., pág. 135).

Al mismo género de poemas debe referirse aquel en donde las veinte y cuatro letras del alfabeto están repartidas por su orden al comienzo de cada estrofa. Sedulio trae un ejemplo en su himno A solis ortus cardine, y Fortunato en aquella de sus piezas que empieza con estas palabras: Agnoscat omne sæculum (Carm. XVI).

La liturgia de los Griegos había adoptado también esta especie de acróstico para los himnos ó cánones de su oficio; se hallan algunos cuya primera estrofa comienza por A y la última por Ω. A veces estos acrósticos contienen, ya el elogio del Santo cuvo oficio se celebra, ya una sentencia relativa á la fiesta del día. Así, en el himno compuesto por Juan Eudebieran para encontrar los nombres escritos | chaïta para el oficio de maitines de la conmemoración de los tres grandes doctores San Ba- 1 silio, San Gregorio Nacianceno y San Crisóstomo, las veintinueve estrofas de que se compone forman, por la inicial con que empieza cada una de ellas, el siguiente acróstico, que encierra el mayor elogio de esos grandes hom-

ACTA

ΤΡΙΣΗΑΙΟΝ ΦΩΣ ΤΡΕΙΣ ΑΝΗΨΕΝ ΗΛΙΟΥΣ

O TRINITAS, LUCERE TRES SOLES FECISTI.

«¡Oh Trinidad, por ti brillaron esos tres soles!»

(NIC. RAYEI. De acoluthia offic. canonici pro eccles. orient. græc. in solemni commemor. trium doctorum Basilii, Nazianzeni Chrysostomi.)

Las Constituciones apostólicas (11. 27) llaman acrostichia á las primeras palabras de los versículos de los salmos que el pueblo cantaba en las asambleas cristianas: lo restante del versículo era cantado por una sola voz: Alius quidem psalmos David canat, populus vero initia versuum succinat.

ACTAS DE LOS MÁRTIRES.-I. La Iglesia puso siempre el mayor cuidado en recoger detallada relación acerca de los sufrimientos y de la muerte de los mártires. Estos son sus títulos de gioria, y después de las Santas Escrituras inspiradas divinamente, las primeras edades del Cristianismo no nos han legado nada más digno de respeto y de admiración. San Clemente creó siete notarios, y San Fabián siete subdiáconos apostólicos: los primeros dedicados á escribir estos santos anales, los segundos con la misión de velar y dirigir su obra.

Los Papas los mandaban recoger cuidadosamente para depositarlos en los archivos de la Iglesia. San Antero se distinguió sobre todo por su plausible celo en la importante obra que sabemos pagó con su sangre. Hic gesta martyrum, leemos en el Libro pontifical (xix in Ant.), diligenter a notariis exquisivit, et in ecclesia recondidit, propter quod a Maximo præfecto martyrio coronatus est. He aquí la reproducción de una pintura del cementerio de Calixto (Aringhi, t. 1, pág. 539), en la que se cree reconocer la representación de este hecho. El pontifice está sentado en su silla, rodeado de sus diáconos, y los notarios regionales, en número de tres, le presentan, con las mayores demostraciones de respeto, las Actas encerradas en un scrinium colocado á sus pies.

Y tal era la importancia dada á su conservación, que más de una vez fueron escritas en láminas de plomo que se encerraban en las sepulturas de los mismos mártires con sus sagrados restos, á fin de asegurarles la duración que Job quería para sus oráculos (Job, xix). ¿ Quién me garantizará que mis discursos serán grabados en un libro con un estilo de hierro, y sobre una lámina de plomo? Un escritor llamado Ciro (Ap. Sur. Die jun., xvIII)

grabó también en plomo las actas del mártir Leoncio, coronado bajo Vespasiano, y las co-



locó en el loculus donde fué depositado el cuerpo. Nuestro San Gregorio de Tours refiere también que habiendo el emperador Decio hecho tapiar la entrada de la cueva donde se ocultaron los siete hermanos de Efeso, conocidos por los Siete durmientes, con objeto de que alli encontraran la muerte los que no pudieron sufrirla á pesar de los espantosos suplicios y tormentos con ellos empleados, hubo un cristiano que escribió en una tablilla de plomo sus nombres y la historia abreviada de sus martirios, arrojándola á escondidas en el interior de la gruta antes que fuese completamente cerrada (De glor. MM. 1, 95). Según el mismo

escritor, los Santos durmientes, llenos de vida, y la lámina de plomo conteniendo los detalles del martirio, se encontrarían bajo Teodosio: Invenit (episcopus) tabulam plumbeam in qua omnia quæ pertulerant habebantur scripta. En la época del descubrimiento del cuerpo de San Valentín, obispo de Padua, se encontró también en su sepulcro la narración de sus actos escrita en una lámina de plomo. Boldetti trae (tab. 11, n. 3, página 322), y nosotros lo tomamos de él, un objeto de esta

clase que encontró en un loculus de mártir en el cementerio de Ciriaco. Desgraciadamente, el plomo se rompió al tratar de extenderlo, siendo imposible descifrar los caracteres, visibles sin embargo, que allí se habían trazado.

(Véanse los artículos Calendarios, Martirologios y Notarii, preliminares obligados de

No obstante los numerosos obstáculos que dificultaban las funciones de los notarios apostólicos, y á pesar de la pena de muerte im-

puesta á los que fueran sorprendidos escribiendo la relación de los suplicios aplicados á sus hermanos (Act. S. Vincent. et S. Anastas. Fullon ap. Ruin, pág. 321 y IV), las actas de los mártires debieron ser muy numerosas durante los tres primeros siglos. Si son pocas las que se conservan, débese á que muchas han sido destruídas por el fuego ó por las vicisitudes y revoluciones sufridas por la Iglesia. En efecto, sabemos que en el reinado de Domiciano, la mayor parte de las actas de los mártires de la persecución de Nerón, fueron devoradas por las llamas (Baron., Ad. an. 98., Domitiani, 15), y que, cerca de tres siglos después, los libros de la Iglesia fueron quemados de orden de Diocleciano.

ACTA

II. Las colecciones de actas existentes hoy, no son, propiamente hablando, más que fragmentos del rico tesoro de la primitiva Iglesia; y esas colecciones se componen de algunos monumentos que por milagro escaparon á los estragos del tiempo, al furor de las persecuciones y también al abandono y descuido de los hombres. Citemos, siquiera brevemente, los nombres de aquellos seres estudiosos y celosos por la gloria de la Iglesia, á los cuales de tal

conservación somos deudores. Eusebio de Panfilia pasa por ser el primero que acometiera la empresa de reunir una colección de las actas de los mártires. Sin embargo, le precedió en esa noble tarea Dionisio, obispo de Alejandría en el siglo III, el cual, según relación del mismo Eusebio (Hist. eccl., VI. 34), había recogido las actas de los mártires que lo fueron en Egipto durante la persecución de Decio: esta colección era parcial y local. Eusebio, por el contrario, hizo dos: una universal, otra especial. La primera comprendia las actas de todos los mártires que fueron perseguidos por distintos príncipes y en diferentes lugares, como así lo indica el título de esa colección: Αρχαΐων μαρτύρων συναγωγή, veterum martyrum conventus. Semejante trabajo no ofrecía dificultades para Eusebio, que había tenido á su disposición las bibliotecas de todas las principales ciudades, y había podido examinar los archivos de casi todas las iglesias. Su segunda obra fué una Colección de las actas de los mártires de Palestina. La primera se había extraviado en el siglo vi, porque en esa época Eulogio, patriarca de Constantinopla, escribía á San Gregorio que dicha obra no se encontraba ni en las bi-

bliotecas de Oriente ni en las de Roma. Desde entonces, las invasiones de los bárbaros en el imperio romano habían destruído las más antiguas bibliotecas, desapareciendo las primitivas colecciones de actas de los mártires: de tal modo fueron devastadas, que se hizo indispensable nuevo trabajo, para reformarlas, á principios de la Edad Media, en cuya útil tarea tomaron parte muchos sabios de aquella

A un obispo de Paris, á San Cerano, que lo era á principios del siglo vII, es á quien corresponde el honor de haberlo intentado el primero, siendo singular el que este obispo no nos sea conocido más que por ese solo hecho. Habíase dirigido á un clérigo de Langres, llamado Warnhairo, para obtener las actas de los mártires de la comarca en donde éste habitaba: Warnhairo le envió las actas de tres hermanos gemelos de Langres, Espeusipo, Eleusipo y Meleusipo, y las de San Didier, obispo de esta ciudad. La carta de remisión se conserva en la colección de los Bollandistas (xvII jan.): Warnhairo hace grandes elogios de su venerable corresponsal, por su habilidad en las santas letras, y le compara «á Eusebio de Cesárea por su diligencia en recoger las actas de los mártires en la ciudad de París». Esta carta de obscuro clérigo es el único documento que ha librado del olvido á un prelado que, sin duda alguna, es digno de estimación. El Martirologio galicano de Andrés de Saussay inseribe el nombre de San Cerano á 5 de las Kalendas de Octubre, es decir, el 27 de Septiembre (t. 1, pág. 663): la Iglesia de París lo venera el 28 de Septiembre.

Preciso es ahora cruzar dos siglos para llegar à Anastasio el Bibliotecario, que tradujo algunas actas del griego al latín: en el mismo siglo (IX), Juan, diácono de la Iglesia romana, recoge algunas, como sabemos por la carta de Gaudencio, obispo de Velletri, al Papa Juan VIII (Mabill., Iter. ital., 11. 1). No pasaremos en silencio á Flodoardo, que en ese mismo siglo IX, escribió en verso los hechos de los mártires; este poema, dividido en quince libros, se titulaba: De triumphis italicis martyrum et confessorum: no nos queda de él más que un fragmento publicado por Mabillon (Annal. ord. S. Bened., sæc. 111, pars. 2): ese fragmento es la última parte del libro duodé-

En la décima centuria brilla sobre todo Metafrastes, quien, bajo el reinado del emperador Constantino Porfirogenetes, en cuya corte ocupaba elevado puesto, reunió una colección casi completa de las actas -- entonces conocidas — de los mártires. Metafrastes era hombre de profunda erudición, á quien proporcionaba valiosos recursos su ventajosa posición. Merced á él, poseemos hoy muchas actas cuyos originales ha tiempo se perdieron. La exagerada crítica del siglo último ha tratado duramente á Metafrastes. Belarmino lo ha combatido, Bolland lo ha defendido. Pero aunque muchas inexactitudes y adornos á guisa de intercalaciones puedan censurársele, lo cierto es que ha prestado inestimables servicios á la ciencia hagiológica, y Honorato de Sainte-Marie (Reflect. sur la crit., 1, 205) asegura que grandes vacios se notarian en la colección de las Vies des Saints de Arnaud d'Andilly, en las Actes sincerès de Ruinart, en las Mémoires de Tillemont y aun en las Vies des Saints de 1 hemos impuesto no nos permiten tratar deta-Baillet, si rígidos y severos con Metafrasto, se suprimiera en las obras citadas todo lo que de aquél se ha tomado.

En el siglo XVI Lipomano colecciona también las actas de los mártires y confesores; pero la mejor y más completa colección que en ese siglo se publicó, es la del cartujo Lorenzo Surio: ordenó por meses las actas de los mártires y de los Santos, é hizo algunas adiciones y alteraciones que no siempre proceden de las fuentes más autorizadas; pero su editor Junius Mombrice coleccionó las actas consultando los mejores manuscritos, y corrigió así esta importante obra.

Después de la muerte de Surio su obra fué aumentada por Jacques Murando en tres tomos, y además con el Martirologio de Adon, y por tercera vez adicionada de nuevo, dividida en doce tomos y editado con esas nuevas modificaciones por Jean Krepsius y Herman Milius en 1618. Hoy la obra de Surio ha casi completamente desaparecido, á causa de las numerosas refundiciones que de ella se han hecho

Por último, al final del siglo xvII, apareció la colección más completa de todas, la de dom Thierry Ruinart, monje de la congregación de San Mauro; bajo cualquier punto de vista es digna de su título: Acta martyrum sincera, porque Ruinart no ha hecho ninguna adición suya, y las actas publicadas lo han sido según los manuscritos más auténticos, después de haberlos sometido á severa crítica. Pero pronto volveremos á ocuparnos de tan interesante colección.

Aparte de las actas de los mártires, muchas vidas de Santos confesores han sido escritas por los Padres y los más ilustres autores eclesiásticos, tales como San Jerónimo, San Cirilo, Eugipio, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio de Tours, San Atanasio, Teodoreto, Fortunato, San Hilario de Arlés, etc., v finalmente, en el siglo XIII por el autor de la Leyenda de oro, Jacques de Voragine, dominico, arzobispo de Genova, cuva obra se concibió bajo un punto de vista respetable, sin duda, pero que escritores tales como Belarmino y Baronio no han creido pueda ser apreciada según las reglas ordinarias de la crítica. Por otra parte, este autor docto y piadoso encuentra en la aprobación, siguiera reservada. del grave P. Bolland, completo desagravio al desprecio de algunos críticos de extremada severidad.

La vasta compilación preparada en los comienzos de la décimaséptima centuria por Rosweide, empezada por Bolland, continuada por Henschenius, Papebroeck, etc., y proseguida en nuestros días por los laboriosos sucesores de esos grandes hombres, es el más brillante monumento elevado á la gloria de los Santos y de la Iglesia. Los límites que nos expiraban durante la aplicación del tormento.

lladamente de la obra de los bollandistas, inmensa red, como se ha dicho ya, que contiene todas las especies imaginables de peces: Sagena ex omni genere piscium congregans (Matth., xIII, 47). No podemos prescindir también de recomendar á los lectores el notable trabajo de dom Pitra (hov cardenal) titulado: Etudes sur la collection des actes des Saints par les RR. PP. jésuites Bollandistes, Paris, 1850.

III. Las actas sinceras, es decir, auténticas de los mártires, pueden dividirse en varias clases. Nosotros tomamos por base de esta parte de nuestro trabajo el prefacio de la obra de Ruinart.

1.ª Deben figurar en primer término las actas llamadas «proconsulares» ó «presidiales» porque procedían de los mismos tribunales de los procónsules ó de cualesquiera presidentes, en cuvo tribunal eran juzgados los mártires bajo los emperadores paganos. Estas actas consistían en la relación exacta de los interrogatorios y de los procesos sufridos por los cristianos con arreglo á la ley. Los fieles obtenían á veces permiso para copiarlas, aunque lo más común era pagar por ellas sumas considerables en metálico (Ruin., Préf., páginas. VII y XI). (Véanse los artículos. Exceptores y Notarii). Desde luego se comprende que entre todas las actas de los mártires, éstas son las de más crédito v más dignas de confianza. Todavía hov poseemos en toda su pureza diez y seis ó diez y siete de esos preciosos monumentos de la antigüedad cristiana: tales son las actas de San Justino el Apologista; de San Acacio, obispo de Antioquía; de San Máximo, comerciante en Asia; de los Santos Pedro, Pablo, Andrés y Santa Dionisia, virgen; de los Santos Luciano y Marciano; de San Cipriano, obispo de Cartago; de los Santos Claudio, Asterio y Neón: de las Santas Domnina y Teonila; de San Maximiliano de Tebaste, en Numidia; de San Marcelo, centurión; de las Santas Agape, Chionía é Irene, hermanas; de San Didimo y Santa Teodora, virgen; de los Santos Taraco, Probo y Andrónico; de Santa Crispina, en Africa; de San Sereno, de Sirmicoh, en Panonia; de San Fileas, obispo de Thumis, en Egipto; de San Filoromo, intendente de justicia, y de San Quirino, obispo de

Los cristianos que han copiado ó por dinero adquirido las actas proconsulares, las aumen. taron con un prólogo poco extenso y un epílogo donde se refiere la muerte del Santo. Tal proceder no ha perjudicado en nada su autenticidad. Esas adiciones tienen por objeto completar el relato de las actas que, en el estado en que se archivaban en las escribanías públicas, terminaban ordinariamente por la sentencia del juez, sin hacer mención de la muerte de los mártires, excepto aquellos casos en que das «originales», se compone de las que los mismos mártires redactaban cuando disponían de medios para ello, y en las cuales referían todo cuanto habían sufrido ellos y sus compañeros (Ruin., Préf., pág. xI). Las únicas actas auténticas de esta clase que poseemos, son las de Santa Perpétua y Felicitas, uno de los más preciados monumentos en su género, y las de los Santos Montano, Flaviano y sus compañeros, siendo estas últimas escritas en gran parte por los mismos citados mártires. Lo demás, concerniente á los sucesivos tormentos y á la consumación de su sacrificio, ha sido agregado por los cristianos testigos de su muerte. A estas actas podían sumarse las de San Ignacio, que, en su epístola á los Romanos, cuenta una parte de lo que le hicieron sufrir sus enemigos en su viaje á Roma, y también lo que San Dionisio de Alejandría ha manifestado de sus propios sufrimientos en su carta á Fabián, obispo de Antioquía; pero estos dos últimos documentos corresponden naturalmente à la clase que sigue.

3.ª Esta clase comprende las actas que redactaban, al mismo tiempo que los escribanos, los cristianos concurrentes á los tribunales, ó que los testigos de sus hechos escribían inmediatamente después de la muerte de los mártires (Ruin., Préf., p. x1). Once ó doce piezas del indicado modo escritas han llegado hasta nosotros, á saber: las actas de San Ignacio, obispo de Antioquía; de San Policarpo, obispo de Esmirna; de San Tolomeo y de sus compañeros; de los mártires de Lyon, San Potino y sus compañeros; de San Mitro, Santa Apolonia, virgen, y otros en Alejandría y otros puntos; de San Pionio, sacerdote de Esmirna; de los Santos Santiago, Marciano y sus compañeros; de los Santos Jeremías, Isaias, Samuel v algunos otros, cuyo martirio refiere Eusebio: de San Teodoto, el posadero y las siete vírgenes de Ancira; de San Procopio, lector: de San Basilio de Ancira, sacerdote, y de San Teodoreto, sacerdote de Antioquía.

4.ª La cuarta clase contiene las actas que directamente han sido sacadas de las originales, pero suprimiendo ciertas fórmulas propias de los procedimientos judiciales, de inútil lectura, y á las que se agregaron algunas reflexiones y adornos de estilo; ó bien, cuando no se podían obtener actas de esa naturaleza, se las suplía con las noticias dadas por la opinión pública y con los relatos de aquellos que habían vivido en la época de las persecuciones; y con tales materiales se componían las actas de los mártires (Ruin., Préf. pág. VIII). Los que escribían esa especie de actas se titulaban scribæ à memoriis. Uno de éstos fué Eusignio, que en el siglo iv escribió las actas de San Basilisco, soldado y mártir, si hemos de dar crédito á las mismas actas (Lami. De erudit. apost., pág. 468). La colección de Ruinart con- no sois vosotros quienes habláis, sino el Espí-

2.ª La segunda clase de actas, denomina- I tiene cerca de veinticinco monumentos de esta especie, entre los cuales se cuentan las actas de Santa Sinforosa y de sus siete hijos; de Santa Felícitas y de sus siete hijos; de los mártires Scilitanos; de San Saturnino, primer obispo de Tolosa; de San Fructuoso, obispo de Tarragona, y de sus compañeros, y de San Ginés, cómico en Roma.

5.ª Dom Ruinart apunta todavia otra clase de actas, que ni proceden de las escribanías públicas, ni han sido compuestas de ninguna de las maneras que antes hemos dicho. Tales son las que se encuentran en las obras de autores eclesiásticos, homilías, panegíricos é himnos, compuestos desde la paz de la Iglesia, y en las que escritores, oradores ó poetas han consignado cuanto sabían del asunto, ya aprendido por constante y firme tradición, ya por memorias exactas conservadas hasta su tiempo (Ruin., ibid). La mayor parte de las actas reunidas por el sabio benedictino, deben ser incluídas en esta última clase, es decir, cincuenta y dos sobre poco más de ciento. En aquéllas figura el martirio de Santiago, obispo de Jerusalén; el de San Simeón, obispo de la misma ciudad; los de los Santos Epipodio y Alejandro en Lyon; de San Sinforiano de Autun; de San Apolonio, senador romano; de San Leónidas, padre de Orígenes; de San Hipólito, sacerdote romano, etc.

En la mayor parte de todas estas clases de actas se encuentran esparcidos acá y allá hechos, frases, errores, concernientes á los tiempos, los lugares y las personas que han dividido la opinión de los sabios sobre el valor respectivo de tales monumentos Pero estos defectos poco importantes, no recayendo más que sobre cuestiones secundarias y provenientes de la incuria ó la incapacidad de los copistas, no impiden el que las actas, donde se advierten, sean auténticas. Según la opinión del propio dom Ruinart, estos monumentos no tienen por igual la misma importancia; pero sí la tienen para que todos puedan ser considerados exactos y verdaderos, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan.

IV. Las verdaderas actas de las mártires se cuentan en el número de los lugares teológicos; y no sin razón, dice el P. Perrone (De loc. theol., pars. 11, sect. 2, § 3), porque ellas nos proporcionan valiosos documentos de la tradición dogmática sobre muchos artículos de fe que hoy día son puestos en duda por los innovadores. En efecto, la misma Escritura nos enseña que las respuestas de los mártires á las preguntas que les dirigían los tiranos, á cuyos tribunales eran trasladados, deben considerarse como oráculos del Espíritu Santo (Marc., XII, 11). «Cuando os conduzcan para ser detenidos, dice el Salvador, no penséis de antemano en lo que vais á decir, sino decid lo que se os ocurra en el instante mismo, porque

ritu Santo». Añadamos nosotros que aquellas | respuestas eran la consecuencia de la enseñanza de los pastores, y que, como tales, deben ser tenidas como expresión fiel de la tradición y de la fe de la Iglesia en la época en que vivía cada uno de los mártires.

Lo que da á las actas auténticas nuevo carácter de autoridad, es que no se permitía su lectura á los fieles sino después que habían sido reconocidas y aprobadas por los obispos (Ruin., Pref., I, III, IV, V); además, no se las leía en la asamblea pública de los fieles (véase el artículo Martirologio, 1), sino á presencia de los prelados que hubieran condenado su contenido, cuando éste contuviera alguna cosa contraria á la fe de la Iglesia.

ADÁN Y EVA. — I. La historia de la caída de nuestros primeros padres se encuentra con frecuencia representada en los monumentos de todas clases de la antigüedad cristiana: el lector puede convencerse de ello abriendo á la ventura las obras de Bosio, d'Aringhi, de Bottari, de Buonarruoti, de M. Perret, etc. La Iglesia primitiva tendió á multiplicar esas representaciones, por exigirlo así las numerosas aplicaciones morales que se desprenden de aquella escena.

La imagen del primer Adán, cuya falta pierde al género humano, recordaba la del nuevo Adán (Jesucristo), que lo ha redimido con su sangre (I Cor., xv, 45), llevando la esperanza al corazón de los fieles. Nosotros creemos ver interpretada esta consoladora idea en un antiguo medallón de bronce (Buon., tabla 1, fig. 1), donde, en la parte inferior, con respecto á Adán y Eva, que se ven comiendo la fruta prohibida, se ha representado el Buen Pastor llevando sobre sus hombros la recuperada oveja: ¡ingeniosa comparación del bien y del mal, del pecado que pierde al mundo y de la misericordia que lo ha salvado! La imagen de Adán y de Eva, que por su desobediencia nos han puesto en el estado de tentación y constante lucha, en el que somos obligados á disputar sin descanso nuestra alma al enemigo común, inculcaba en el cristiano la necesidad de recurrir á Dios para conseguir el triunfo, y este precisamente es el sentido de la oración que la Iglesia dirige á Dios el cuarto domingo después de la Epifanía (D. Greg., Libr. sacram., ed. Menard, pág. 26): Deus, qui nos in tantis periculis constitutos pro humana scis fragilitate non posse subsistere, da nobis salutem mentis et corporis, ut ea qua pro peccatis nostris patimur, te adjuvante vincamus: «Dios, que sabéis que expuestos á tantos peligros no podemos, á causa de la fragilidad humana, hacernos fuertes, dadnos la salvación del alma y del cuerpo, á fin de que, de las tentaciones que sufrimos por nuestras culpas, podamos triunfar mediante vuestra gracia.» Por otra parte, el espectáculo de esa grande caída ins-

piraba en los fieles saludable desconfianza de sus propias fuerzas.

La imagen de Adán y Eva todavía sírvió de evidente enseñanza contra los errores de los gnósticos, refutados por San Ireneo y otros Padres. En efecto, esa imagen prueba contra esos innovadores, y por una representación sensible, que la creación del hombre es obra de Dios v no del principio del mal; que fué creado perfecto y no como un gusano....; que Adán, arrepentido, se salva por su confianza en el Salvador que se lo había prometido, y que, por consiguiente, su memoria debe ser respetada y no abominada, como enseñaba Taciano después de la muerte de San Justino, su maestro; y la intención, la idea de la Iglesia es, en este caso, tanto más clara, cuanto que la mayor parte de los vasos pintados, donde se encuentra la imágen de Adán y de Eva, y de los cuales hablaremos más abajo, fueron ejecutados en tiempos de Taciano. En los siglos siguientes, y por motivos análogos, continuó en vigor esa práctica. San Agustín hace mención especial de un cuadro de esta clase en el libro v de su tratado Contra Juliano (c. 11), y Prudencio, en un poema titulado Diptychon, que Buonarruoti (Vetri., pág. 10) considera como la descripción de un verdadero díptico, atestigua lo antiguo de la costumbre de representar por la pintura á Adán y Eva: he aquí el principio del poema (AITTOXAION,opp. t. 11, edic. Areval., pág. 665):

Eva columba fui tunc candida, nigra deinde Facta, per anguineum malesuada fraude venenum.
Tinxit et innocuum maculis sordentibus Adam:
Dat nudis ficulna draco mox tegmina victor

«Eva fué desde un principio cándida paloma; convirtióse después en perfida per los funestos consejos de la emponzofiada serpiente: ella ensució con asquerosas manchas al inocente Adam. El victorioso dragón les dió hojas de higuera para

Añadamos, para no omitir ninguna de las principales interpretaciones de los Santos Padres, que, según San Ambrosio (De Paradiso, 11), el árbol representa la lev divina; cuando desobedecemos esa ley, quedamos desnudos como Adán y Eva, es decir, privados de la gracia, y tan deformes á nuestros propios ojos, como á los de Dios mismo.

II. Vamos á describir ligeramente las diversas maneras cómo este asunto se ha representado. Nuestros primeros padres están, por lo general, de pie, cerca del árbol de la ciencia, alrededor del cual se enrosca la serpiente, v cubren su desnudez, á veces simplemente con la mano, á menudo con una hoja de higuera ó de un árbol cualquiera, campestria, dice San Agustín (In Genes. ad. litt, l. x1., capítulo 1), perizomata, según la Vulgata (Gen, 111, 7). En una lámpara, citada por D'Agincourt como procedente de los primeros tiempos del Cristianismo (Terres cuites, pl. xxiv, II, 2), la madre del género humano está representada buscando un velo, en el mo-